

Búhos de los hielos del este

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Owls of the eastern ice.*
A quest to find and save the world's largest owl

En cubierta: fotografía de © Ondrej Prosicky/Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Jonathan C. Slaght, 2020.

Published by arrangement with Farrar, Straus and Giroux,
New York © De la traducción, Julio Hermoso
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-18859-75-5
Depósito legal: M-10-2022
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain


Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Jonathan C. Slaght

Búhos de los hielos del este

Una apasionante expedición

Traducción del inglés de
Julio Hermoso

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

<i>Prólogo</i>	13
<i>Introducción</i>	17

PRIMERA PARTE

Bautismo de hielo	23
1. Una aldea llamada Infierno	25
2. La primera búsqueda	35
3. La vida en Agzú en invierno	43
4. La silenciosa violencia de este lugar	51
5. Río abajo	59
6. Chepelev	65
7. Ya viene el agua	73
8. A lomos de los últimos hielos hacia la costa	82
9. La aldea de Samarga	91
10. El Vladímir Goluzenko	100

SEGUNDA PARTE

El búho manchú del Sijoté-Alín	107
11. El sonido de algo muy antiguo	109
12. El nido de un manchú	120
13. Donde terminan los puntos kilométricos	130
14. La banalidad de viajar por carretera	142
15. La crecida	161

TERCERA PARTE

Capturas	175
16. Preparándonos para las capturas	177
17. Por muy poco	187
18. El ermitaño	193
19. Aislados en el Tunsha	200
20. Búho en mano	207
21. Silencio de las señales de radio	216
22. El búho y la paloma	225
23. Un acto de fe	239
24. Los peces, una constante	256
25. Katkov entra en escena	264
26. La captura en el Serebrianka	271
27. Unos seres tan perversos como nosotros	280
28. Katkov en el exilio	287
29. La monotonía del fracaso	293
30. Siguiendo a los peces	302
31. La California del este	310
32. El condado de Ternei sin filtros	320
33. La conservación del búho manchú	326
<i>Epílogo</i>	337
<i>Notas</i>	341
<i>Agradecimientos</i>	359
<i>Índice onomástico y de materias</i>	361

Para Karen

«Lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor era increíble. El viento rugía furioso, partía las ramas de los árboles y se las llevaba volando por los aires [...]. Los pinos tan viejos y enormes se balanceaban de un lado a otro como si fueran simples plantones de tronco fino. Y era imposible ver nada: ni las montañas, ni el cielo, ni el suelo. La ventisca lo había engullido todo [...]. Nos quedamos en silencio, intimidados y encogidos en las tiendas».

VLADÍMIR ARSÉNIEV, 1921, *Por el territorio del Ussuri*

Arséniev (1872-1930) fue un explorador, naturalista y autor de numerosos textos que describen el paisaje, la flora y fauna y las gentes de Primorie, en Rusia. Fue uno de los primeros rusos que se aventuraron en los bosques que describimos en este libro.

Prólogo

Vi mi primer búho manchú en la provincia rusa de Primorie, un territorio costero con forma de garra que se curva hacia el sur y se clava en la panza del noreste asiático. Se trata de un remoto rincón del mundo no muy lejos del punto donde Rusia, China y Corea del Norte se encuentran en una maraña de alambradas y de cumbres montañosas. En una excursión por aquellos bosques en el año 2000, un compañero y yo espantamos de manera inesperada a un pájaro enorme y aterrorizado. El animal echó a volar con un batir de alas trabajoso, ululó para dejar constancia de su desagrado y se posó un instante en el dosel de ramas desnudas, aproximadamente unos doce metros por encima de nosotros. Aquella mancha alborotada del mismo tono parduzco de las astillas de madera nos lanzaba una cautelosa mirada con el amarillo eléctrico de sus ojos. Lo cierto es que al principio no teníamos muy claro con qué ave nos habíamos tropezado. Estaba claro que era un búho, pero era más grande que cualquier otro que hubiese visto, más o menos del tamaño de un águila, pero de un plumaje más ahuecado, y más corpulento, con unos penachos enormes en las orejas. A contraluz del neblinoso gris del cielo del invierno, tenía casi un aspecto demasiado grande y demasiado cómico para ser un ave de verdad, como si alguien le hubiese pegado deprisa y corriendo unos cuantos puñados de plumas a un oseño y hubiese plantado en aquel árbol al pobre animal perplejo. Tras determinar que éramos una amenaza para ella, la criatura se giró para escapar entre los árboles en una arre-

metida que, con sus dos metros de envergadura, fue partiendo por el camino la celosía que formaban las ramas. Los fragmentos de corteza desalojada iban cayendo en espiral mientras el búho desaparecía volando de nuestra vista.

En aquel momento, yo llevaba ya cinco años viniendo a Primorie. Había pasado la mayor parte de mi juventud en distintas ciudades, y los paisajes de factura humana dominaban mi visión del mundo. Pero un verano, cuando tenía diecinueve años, cogí un avión desde Moscú para acompañar a mi padre en un viaje de trabajo y vi el reflejo del sol en el ondulado mar de una verde e ininterrumpida sucesión de montañas exuberantes y espesas. En las alturas se elevaban llamativos riscos, que descendían en picado en profundos valles, en el interminable paso de unas ondulaciones que no podía dejar de mirar, absorto, kilómetro tras kilómetro. No vi pueblos, ni carreteras, ni gente. Aquello era Primorie, un lugar del que me enamoré hasta la médula.

Después de aquella breve visita inicial, regresé a Primorie para estudiar durante seis meses en mi etapa universitaria, y más adelante pasé allí tres años con el Cuerpo de Paz estadounidense. Al principio solo me dedicaba de manera ocasional a la observación de los pájaros; era una afición que había adquirido en la facultad. Sin embargo, cada viaje al Lejano Oriente ruso iba alimentando mi fascinación por la naturaleza salvaje de Primorie. Fui interesándome y centrándome más en sus aves. En el Cuerpo de Paz trabé amistad con ornitólogos de la zona; eso me ayudó a soltarme con el idioma ruso, y pasaba interminables horas de mi tiempo libre acompañándolos para reconocer el canto de los pájaros y echar una mano en diversos proyectos de investigación. Fue entonces cuando avisté mi primer búho manchú, y me di cuenta de que mi pasatiempo se podía convertir en una profesión.

Me enteré de la existencia del búho manchú —también llamado búho pescador de Blakiston— casi desde que conocí Primorie. Para mí, aquel animal era como un pensamiento tan bello que no me veía capaz de expresarlo en palabras. Me producía el mismo tipo extraordinario de anhelo que ese lugar tan lejano al que uno siempre ha querido ir, pero del que en realidad no

sabe mucho. Pensaba en los búhos manchúes y sentía el frescor de las sombras bajo el dosel de las ramas del bosque donde se ocultaban y percibía el olor del musgo adherido a las rocas de la ribera del río.

Tan pronto como aquel búho al que habíamos ahuyentado desapareció de mi vista, repasé las hojas de mi guía de campo que había marcado doblando las esquinas, pero allí no había ninguna especie que pareciese coincidir con aquella ave. El manchú pintado en sus páginas me recordaba más bien a un cubo de basura con cara de pocos amigos y no a aquel duende travieso, desafiante y desmadejado que acabábamos de ver, ni tampoco encajaba con el búho pescador de mi imaginación. Aun así, no tuve que esperar demasiado para enterarme de qué especie habíamos visto: lo había fotografiado. Las imágenes con escasa definición de mis instantáneas terminaron cayendo en manos de un ornitólogo de Vladivostok llamado Serguéi Surmach, la única persona de la región que trabajaba con búhos pescadores. Resultó que ningún científico había visto un búho manchú tan al sur en un centenar de años, y mis fotografías eran la prueba de que aquella especie tan única y esquiva no se había extinguido.

Introducción

Tras concluir el proyecto del máster de Ciencias de la Universidad de Minesota en 2005 —en el que estudiaba el impacto de la industria maderera sobre las aves cantoras de Primorie—, comencé a darle serias vueltas a la cabeza en busca de una temática para mi tesis doctoral en aquella misma región. Me interesaba algo que tuviese un amplio impacto en la conservación, y no tardé en reducir la lista de especies candidatas a la grulla monje y el búho manchú, las dos especies de ave menos estudiadas y más carismáticas de la provincia. Me atraía más el manchú, pero apenas había información sobre él, y me preocupaba que no hubiera demasiados ejemplares para su estudio. En aquella época de mis deliberaciones, dio la casualidad de que pasé unos días de excursión atravesando una ciénaga de alerces, un paisaje abierto de humedales con unos árboles larguiruchos y uniformemente espaciados sobre una olorosa alfombra de tés del labrador. Al principio, el paraje me pareció maravilloso, pero, pasado un rato, sin un solo cobijo donde guarecerse del sol, con dolor de cabeza por el opresivo aroma de los tés del labrador y lleno de picaduras de las nubes de insectos que descendían sobre mí, ya había tenido más que suficiente. Entonces caí en la cuenta de que ese era el hábitat de la grulla monje. El búho manchú podría ser un animal esquivo, y a lo mejor me la jugaba al dedicarle tiempo y energías, pero al menos no tendría que pasarme los cinco años siguientes pateándome las ciénagas de alerces a trancas y barrancas. Me decidí por el búho manchú.

Dada su reputación de criatura vigorosa en un entorno inhóspito, el manchú es un símbolo de la vida salvaje de Primorie casi tanto como lo es el tigre del Amur (también llamado «siberiano»). Aunque estas dos especies comparten los mismos bosques y ambas se encuentran en peligro de extinción, es mucho menos lo que se conoce sobre la vida de los plumíferos devoradores de salmón. Hasta 1971 no se descubrió un nido de búho manchú, y, llegados los años ochenta, se pensaba que ya no quedaban más de trescientas o cuatrocientas parejas de la especie en todo el país. Su futuro generaba una gran preocupación. Era muy poco lo que se sabía de los manchúes, más allá del hecho de que parecían necesitar árboles grandes para anidar y ríos con abundantes peces en los que alimentarse.

Al otro lado del mar, en Japón, apenas a unos cientos de kilómetros hacia el este, los manchúes se habían reducido de cerca de quinientas parejas a finales del siglo XIX a menos de un centenar a comienzos de los años ochenta del siglo XX. Esta población asediada perdió el hábitat donde anidaba a manos de la industria maderera, y también su fuente de alimento cuando la construcción de presas río abajo bloqueó el remonte migratorio de los salmones. En Primorie, el búho manchú se había librado de correr un destino similar gracias a la inercia de la era soviética, la falta de infraestructuras y una baja densidad de población humana, pero el libre mercado que emergió en los noventa generó riqueza, corrupción y una intensa codicia que ponía sus miras en los recursos naturales intactos del norte de Primorie, una zona considerada como el reducto mundial de nuestro búho.

En Rusia, el manchú se hallaba en una situación vulnerable. Para una especie de una densidad y un ritmo reproductivo ya de por sí bajos, cualquier perturbación a gran escala o de forma sostenida de los recursos naturales que necesita podría suponer una caída poblacional en picado como la que se vivió en Japón, y la pérdida de una de las especies de aves más misteriosas e icónicas de Rusia. La legislación rusa protegía el búho manchú y otras especies en peligro de extinción —era ilegal cazarlos o destruir su hábitat—, pero, sin conocer sus necesidades específicas, re-

sultaba imposible desarrollar un plan de conservación que fuese viable. No existía un planteamiento de este tipo para el manchú, y, hacia finales de los años noventa, los bosques de Primorie que antes eran inaccesibles se estaban convirtiendo paulatinamente en lugares de extracción de recursos. Cada vez era más acuciante la necesidad de una estrategia seria de conservación del búho manchú.

No es lo mismo la conservación que la protección. De haber querido proteger el búho manchú, no me habría hecho falta ninguna investigación: podría haberme dedicado a presionar al Gobierno para lograr que se prohibiese tanto la pesca como la actividad maderera en Primorie. Esta medida tan amplia habría protegido la especie al eliminar cuanto amenaza su supervivencia; sin embargo, aparte de ser poco realista, tal decisión habría pasado por alto a los dos millones de personas que viven en la provincia, una porción de las cuales dependen de la industria maderera y de la pesca como medio de vida. En Primorie, las necesidades del búho manchú y las del ser humano se entrelazan de manera inextricable; hace siglos que ambos dependen de los mismos recursos. Antes de que los rusos llegaran y empezaran a echar sus redes en los ríos y a talar árboles para construir y para comerciar, los propios pueblos manchúes e indígenas ya hacían lo mismo. Los udegué y los nanái bordaban bonitas prendas con pieles de salmón y fabricaban barcas a base de vaciar troncos de árboles inmensos. La dependencia del búho manchú de estos recursos se ha mantenido en unos niveles modestos a lo largo del tiempo; las que han aumentado son las necesidades humanas. Mi objetivo era devolver cierto equilibrio a esta relación para conservar los recursos naturales necesarios, y la investigación científica era el único modo de obtener las soluciones que me hacían falta.

A finales de 2005, acordé una reunión con Serguéi Surmach en su despacho de Vladivostok. Era un hombre de complexión atlética, de ojos pequeños y mirada amable, coronada por una mata de cabellos rebeldes; me cayó bien de inmediato. Se había labrado una reputación de persona colaboradora, así que esperaba que se mostrara abierto a mi propuesta de trabajar juntos.

Le expliqué que tenía interés en estudiar el búho manchú para doctorarme por la Universidad de Minesota, y él me contó lo que sabía sobre estas aves. Nos fuimos emocionando más y más según comentábamos nuestras ideas, y enseguida acordamos que trabajaríamos codo con codo: aprenderíamos tanto como fuera posible sobre la vida secreta del manchú y, con esa información en mano, elaboraríamos un plan realista de conservación para protegerlos. El interrogante primordial de nuestra investigación era de una simpleza engañosa: ¿cuáles eran las características del paisaje que necesitaba el manchú para sobrevivir? Ya contábamos con una idea general —árboles grandes y montones de pescado—, pero tuvimos que dedicar años para llegar a conocer los detalles. Más allá de las observaciones anecdóticas de los naturalistas del pasado, en gran medida partíamos de cero.

Surmach era un biólogo de campo experimentado. Disponía del equipamiento necesario para expediciones prolongadas en la remota Primorie: un enorme camión todoterreno GAZ-66 con un habitáculo en la parte de atrás hecho por encargo y calefactado con una estufa de leña, varias motos de nieve y un pequeño equipo de ayudantes de campo entrenados para localizar búhos manchúes. Para nuestro primer proyecto juntos, acordamos que Surmach y su equipo cargarían con la mayor parte de la logística y el personal dentro del país; yo introduciría metodologías contemporáneas y aseguraría el grueso de la financiación solicitando becas de investigación. Dividimos el estudio en tres fases. La primera sería de entrenamiento, que duraría de dos a tres semanas, seguida de la de identificación de una población de búhos para su estudio, que duraría unos dos meses. La última fase consistió en las capturas de las aves y la recolección de datos, y duraría cuatro años.

Estaba entusiasmado: aquello no era una conservación retroactiva de emergencia en la que unos investigadores mal financiados y superestresados luchaban a brazo partido para evitar extinciones en parajes donde los daños ecológicos ya se habían producido. Primorie seguía en gran medida intacta. Allí los intereses comerciales no se habían hecho aún con el control. Aunque nos

centrábamos en una especie en peligro —el búho manchú—, nuestras recomendaciones para una gestión óptima del paisaje podrían ayudar a salvaguardar el ecosistema entero.

El invierno era el mejor momento para localizar a estos búhos —en febrero se les oía más y dejaban huellas en la nieve de las orillas del río—, pero también era la época más ajetreada del año para Surmach. Su organización no gubernamental había recibido la concesión de un contrato plurianual para monitorizar las poblaciones de aves en la isla de Sajalín, y él tenía que pasar los meses de invierno negociando la logística para ese trabajo. En consecuencia, aunque trataba con Surmach con regularidad, él siempre enviaba como su representante a Serguéi Avdeyuk, su viejo amigo y experto en los bosques. Avdeyuk llevaba desde mediados de los noventa trabajando estrechamente con Surmach en el campo de los manchúes.

La primera fase era una expedición a la cuenca del río Samarga, la zona más septentrional de Primorie. Allí aprendería a buscar los búhos. La cuenca del Samarga era un lugar único —la última cuenca hidrográfica sin una sola carretera en toda la provincia—, pero la industria maderera se acercaba cada vez más. En el año 2000, un consejo de los indígenas udegué reunido en Agzú —una de las dos únicas poblaciones en los 7.280 kilómetros cuadrados de la cuenca del Samarga— decidió abrir sus tierras a la tala de árboles: se construirían carreteras y la industria atraería la creación de puestos de trabajo, pero la combinación de un mayor acceso y de una mayor afluencia de gente degradaría el paisaje a base de caza furtiva, fogatas campestres y demás. El búho manchú y el tigre solo eran dos de las numerosas especies que con toda probabilidad iban a sufrir las consecuencias. En 2005, la industria maderera, consciente de las airadas protestas que este acuerdo había provocado en las comunidades locales y entre los científicos de la región, hizo una serie de concesiones sin precedente. Lo primero y fundamental era que los métodos de la tala se basarían en criterios científicos. El trazado de la carretera principal se haría por la zona alta del valle del río en lugar de pasar cerca de un cauce ecológicamente sensible como

en el caso de la mayoría de las carreteras de Primorie, y ciertas áreas de alto valor de conservación se verían exentas de la tala. Surmach formaba parte del grupo de científicos encargados de las evaluaciones medioambientales de la cuenca antes de que se hicieran las carreteras. Su equipo de campo, encabezado por Avdeyuk, tenía la función de identificar los territorios del búho manchú a lo largo del río Samarga, unas zonas que quedarían excluidas de la tala por completo.

Al unirme a esta expedición, ayudaría a proteger a los manchúes del Samarga y además obtendría una importante experiencia en el arte de localizarlos. Se trataba de una habilidad que iba a poner en práctica en la segunda parte del proyecto: identificar una población de estudio de estas aves. Surmach y Avdeyuk habían confeccionado una lista de lugares de los bosques más accesibles de Primorie donde los habían oído ulular e incluso conocían la situación de algunos árboles en los que anidaban. Aquello significaba que disponíamos de un emplazamiento donde concentrar nuestras búsquedas preliminares, y Avdeyuk y yo podríamos pasar unos meses visitando aquellos lugares y otros más dentro de un área de unos veinte mil kilómetros cuadrados a lo largo de gran parte de la costa de Primorie. Localizaríamos algunos búhos, y al año siguiente regresaríamos para iniciar la tercera, última y más larga etapa del proyecto: las capturas. Colocaríamos unos transmisores discretos, como una mochila, a la mayor cantidad posible de búhos y así monitorizaríamos sus movimientos y registraríamos adónde iban durante un periodo de cuatro años. Estos datos nos dirían con exactitud qué partes del paisaje eran las más importantes para la supervivencia del búho manchú, y podríamos utilizar estos datos con miras al desarrollo de un plan de conservación para protegerlo.

¿Cuán difícil podría resultar?

PRIMERA PARTE

Bautismo de hielo